

Las *Sinfonías* de Gustav Mahler en Madrid (Pequeña historia del despertar de una pasión musical)

En los artículos que desde hace un tiempo tiene a bien encargarme la Orquesta y Coro Nacionales de España para su revista trimestral DOC y que se publican bajo el lema de “Evocación - postales iluminadas”, me he referido en varias ocasiones a las primeras interpretaciones que la ONE llevó a cabo de las obras mahlerianas y, así, he tenido que comentar cómo **hasta los años setenta del pasado siglo, Gustav Mahler era un compositor escasamente programado y muy parcialmente conocido**, ya que, antes, sólo las sinfonías *Primera* y *Cuarta* y *La canción de la tierra* habían aparecido completas y más de una vez en los carteles.

Ahora, cuando la OCNE aprovecha las conmemoraciones del sesquicentenario (1860/2010) del nacimiento y del centenario (1911/2011) de la muerte de Mahler para revisar la colosal producción sinfónica del compositor, lo hace con la seguridad de estar programando a un “clásico” bien conocido y apreciado por su público, pero ha querido subrayar cómo esto no era ni mucho menos así cuarenta años atrás y, para ello, ha recurrido a un veterano como yo para que cuente aquel despertar de la pasión por Mahler en Madrid que, en efecto, viví intensamente junto a tantos amigos y colegas de mi generación.

Se trata, por supuesto, de recordar la primera vez que ofreció la ONE y que se ofreció en España la programación del ciclo integral de las *Sinfonías* de Gustav Mahler, ciclo integral de verdad, porque incluía la *Décima*, en la versión completada (¡muy poco tiempo antes!) por Deryck Cooke, así como *Das Lied von der Erde* y los ciclos de lieder orquestales. La Orquesta Nacional llevó a cabo la “hazaña” en el plazo exactísimo de un año: del viernes 16 de abril de 1971 al domingo 16 de abril de 1972, en once conciertos de los cuales los dos primeros correspondieron al final de la temporada 1970-71 y los otros nueve a la temporada 1971-72. La idea y la realización de este proyecto (entonces nadie llamaba *proyecto* a cosas como ésta, pero ahora parece que es obligatorio) no deben atribuirse sino al maestro **Rafael Frühbeck de Burgos**, director titular de la Orquesta Nacional en aquel momento. Quiso el azar que Federico Sopena fuera nombrado Comisario General de la Música¹ en 1971 y que su corta, tensa e intensa etapa de Comisario (1971-72) coincidiera plenamente con la **eclosión mahleriana** programada por el buque insignia de la Comisaría de la Música: la Orquesta Nacional. En 1960, Sopena había escrito y publicado (Rialp) un librito titulado “Introducción a Mahler” con el que presumía legítimamente de ser el autor del primer libro sobre Mahler en castellano y en lengua latina. Por lo demás, el Pater nos había inoculado el virus mahleriano a muchos jóvenes de la filarmónica madrileña en los años sesenta, a través de sus artículos, críticas y crónicas de festivales internacionales, de sus conferencias y clases del Conservatorio y con aquella fabulosa grabación de los *Lieder eines fahrenden Gesellen* interpretados por Fischer-Dieskau y Furtwängler con la que recorrió los colegios mayores ofreciendo ilustradas e impagables veladas musicales. En definitiva, Federico Sopena no tuvo nada que ver con la programación del histórico ciclo, pero se lo encontró hecho al llegar a la Comisaría y nada pudo haberle proporcionado mayor ilusión, ni haberle cuadrado mejor². De hecho, se lanzó en picado sobre el asunto: escribió un ensayo sobre la significación estética de Mahler y una amplia cronología de la vida y obra del compositor, piezas que se publicaron en todos y cada uno de los once programas de mano del ciclo, junto con el comentario -igualmente escrito por él- de la obra u obras interpretadas en cada ocasión; convocó ruedas de prensa, dio conferencias y promovió que alguno de sus jóvenes discípulos debutáramos en calidad de conferenciantes disertando por los colegios mayores -a su imagen y semejanza- sobre Mahler y la sinfonía que la ONE fuera a tocar en el siguiente fin de semana. Felizmente, pude hacerme con una copia del espléndido libro que Marc Vignal había publicado en París en 1966 y lo utilicé a fondo en aquel trance. No puedo ni quiero olvidar que una de mis conferencias -sobre la *Novena*- gustó especialmente a Sopena; me pidió el texto (en realidad, era un guión) y, por su cuenta y riesgo,

¹ Cargo que con el tiempo pasó a ser lo que debía: una Dirección General de Música, ampliada en seguida a Música y Teatro y que derivó finalmente en el INAEM.

² Por todo ello no es de extrañar que, entonces y aun hoy, muchos pensarán que aquella inmersión mahleriana sería una idea de Sopena secundada por Frühbeck, pero en realidad fue justamente al revés y, por cierto, así lo reconoció y manifestó Federico Sopena en múltiples ocasiones.

se lo envié a Antonio Fernández-Cid, crítico musical de "ABC". Y así, un buen día del otoño de 1971, me llevé uno de los más hermosos sustos que he tenido en mi vida: leer en el "ABC" -sin esperarlo; es más, sin haberlo podido soñar- unas líneas firmadas por Antonio Fernández-Cid no sólo informativas, sino marcadamente elogiosas sobre mi incipiente actividad "profesional". Al recordarlo, dejo constancia de la gratitud debida a mis mayores y planteo al lector una reflexión: hace cuarenta años, en la sección de Música del principal diario madrileño y nacional cabía el comentario sobre la difusión de la música que se daba en el ambiente universitario y hasta cabía saludar con generosidad a un jovencuelo aspirante a crítico. O sea, igualito que hoy...

Es importante señalar que, con la iniciativa programadora que aquí recordamos y glosamos, **Frühbeck se adelantó al boom Mahler** que se vivió unos años más tarde en España y en toda Europa, y procuró el **estreno en nuestro país de varias de estas grandes partituras mahlerianas** que hoy escuchamos como "repertorio": en efecto, las sinfonías *Segunda*, *Sexta*, *Séptima*, *Octava* y *Novena* se escucharon por vez primera en este ciclo. La propuesta, llevada a cabo en el Teatro Real, se realizó con arreglo al siguiente calendario³:

16-IV-1971: *Sinfonía nº 7*. Dir.: Dean Dixon. En la primera parte se ofreció el *Concierto en la menor* de Grieg, tocado por un Radu Lupu por entonces veinteañero.

30-IV-1971: *Sinfonía nº 8 "de los mil"*. Norma Procter, John Mitchinson, Victor C. Braun..., Orfeón Donostiarra y Orfeón Pamplonés. Dir.: Rafael Frühbeck de Burgos. Frühbeck había dirigido nueve días antes la misma obra en el Royal Albert Hall de Londres, con el Coro y la Orquesta New Philharmonia, más el Coro de Düsseldorf, la ciudad en la que venía ejerciendo como Generalmusikdirektor desde 1966.

15-X-1971: *Sinfonía nº 1 y Kindertotenlieder*. Norma Procter. Dir.: Rafael Dir.: Frühbeck de Burgos. Levantando el telón del concierto, Frühbeck procedió al estreno absoluto de *Angelus novus (Mahleriana)*, obra orquestal que Tomás Marco había escrito por expreso encargo de la ONE para ser estrenada en el desarrollo de la integral mahleriana. Como apunte anecdótico y para el recuerdo, anoto que para este concierto, en lugar de los *Kindertotenlieder* cantados por la señora Procter, se había anunciado inicialmente a Dietrich Fischer-Dieskau como solista de los *Lieder eines fahrenden Gesellen*. Hubiera sido el debut en Madrid de Dieskau..., pero el legendario barítono berlinés canceló en las vísperas del esperado evento y, pese a que la sustitución que se arbitró fue óptima, nos quedamos un tanto frustrados: máxime aquellos que, como antes he contado, nos introdujimos en Mahler a través de tal obra y precisamente con su interpretación.

22-X-1971: *Sinfonía nº 2, "Resurrección"*. Esther Casas, Norma Procter, Montserrat Torrent (órgano), Coro de la Escuela Superior de Canto. Dir.: Rafael Frühbeck de Burgos. El concierto, acaso el de mayor éxito de todo el ciclo, supuso la presentación oficial de nuestro Coro que, poco más tarde, tomaría la denominación de Coro Nacional de España.

19-XI-1971: *Sinfonía nº 3*. Barbara Robotham. Dir.: Wilfried Boettcher.

3-XII-1971: *Sinfonía nº 9*. Dir.: Michael Tilson-Thomas. Completaba el programa el *Concierto para violín y orquesta en sol mayor, K 216*, de Mozart, en el que actuó como solista la violinista japonesa Yuuko Shiokawa.

4-II-1972: *Sinfonía nº 6*. Dir.: Antal Dorati. También este programa se completó con un Concierto mozartiano: el *Concierto para piano y orquesta nº 12, en la mayor, K. 414*, del que fue solista Ilse von Alpenheim.

18-II-1972: *Sinfonía nº 10* (versión completada por Deryck Cooke). Dir.: Eliahu Inbal. El generosísimo programa ofreció en la primera parte música vocal del propio Mahler: dos lieder de la colección *Das Knaben Wunderhorn* y tres de los *Rückert Lieder*, cantados por Jessye Norman en excepcional momento artístico.

25-II-1972: *Sinfonía nº 5*. Dir.: Ferdinand Leitner. El programa, de duración muy superior al actual estándar, incluía una primera parte con el *Concierto de Brandeburgo nº 3, en sol mayor*, de Bach, y el *Concierto para piano y orquesta en sol mayor*, de Ravel, que tuvo como solista a Enrique Pérez de Guzmán.

7-IV-1972: *La canción de la Tierra*. Anna Reynolds, John Mitchinson. Dir.: Peter Ęros. En la primera parte se interpretó la *Sinfonía nº 39, en mi bemol mayor, K. 543*, de Mozart.

³ Se consigna la fecha del primero de los tres conciertos que, en días consecutivos (viernes, sábado y domingo), se interpretaron en todos los casos.

14-IV-1972: *Sinfonía nº 4*. Elisabeth Speiser. Dir.: Hans Schmidt-Isserstedt. Como tantas veces se hizo en el ciclo, la grandeza del lenguaje mahleriano se puso en contraste con la pureza de Mozart. En su última aparición en Madrid (murió un año más tarde), el maestro Schmidt-Isserstedt comenzó con la obertura de *Idomeneo* y cerró la primera parte con el *Concierto para flauta, arpa y orquesta en do mayor, K. 299*.

Naturalmente, el orden de presentación de las obras (desorden, mejor dicho) no obedeció a ningún criterio que no fuera el puramente práctico: reparto del repertorio entre las batutas contratadas y distribución de las fechas en función de sus agendas. En mi recuerdo - que no he contrastado con el de mis colegas, ni con el que reflejara la prensa- a parte del meritísimo estreno en España de la colosal *Octava*, recibieron interpretaciones especialmente buenas las sinfonías *Segunda*, *Sexta* y *Novena*, mientras que señalaría la *Séptima* en el lado opuesto... Por cierto, aquella *Séptima* tan “manifiestamente mejorable”, precisamente por constituir el arranque del ciclo, no hizo ningún favor a la recepción de la ambiciosa idea, pues puso más en guardia de lo que estaba a un sector de abonados y a otro de profesores de la ONE: unos y otros mostraban cierto temor ante lo que se les venía encima. Pero pronto se superó el hándicap y la grandiosidad de la *Octava* y los éxitos clamorosos de las *Primera* y *Segunda* llevaron al ciclo por la buena senda.

Aquella **inmersión en Mahler** que vivieron los madrileños aficionados al sinfonismo, tuvo su continuación, incluso **se intensificó a lo largo de la década de los setenta**. En 1971, a la vez que Frühbeck ponía en marcha este ciclo, **Luchino Visconti** estaba filmando su magistral ***Muerte en Venecia***, sobre la novela que Thomas Mann había escrito en 1912. La película de Visconti, con la libre recreación que contiene de la figura de Mahler y, sobre todo, por la impresionante utilización del *Adagietto* de su *Quinta sinfonía*, supuso un fuerte impulso al mahlerianismo del momento, impulso que a nosotros nos llegó después de la esforzada integral de la ONE pues -por mucho que ahora nos pueda parecer inaudito- *Muerte en Venecia* tardó en ser estrenada en los cines españoles: algún bendito debió pensar que no estábamos preparados para digerir que un tal Aschenbach se sintiera atraído por un efebo. A la vez que la *Muerte en Venecia* de Visconti nos llegó la noticia -que no la música- de la ***Muerte en Venecia* de Benjamin Britten**, espléndida ópera sobre el mismo tema que el maestro británico vio estrenar en Aldeburgh y en Londres en 1973. Sin embargo, para la expansión del fervor mahleriano entre nosotros, y en tantos otros lugares del mundo, fue decisivo el que las multinacionales del disco, con infalible intuición sobre la bonanza del momento, se lanzaran en estos primeros años setenta a grabar todo Mahler, lo que supuso para los aficionados no centroeuropeos -y para muchos de éstos, también- la posibilidad de escuchar por vez primera la mayor parte de estas sinfonías. Las integrales de Kubelik y Bernstein creo recordar que fueron las pioneras, pero enseguida llegaron versiones apreciadísimas de Solti, Haitink... Gustav Mahler y su música se asomaban con frecuencia a publicaciones culturales y musicales (el jovencísimo Pérez de Arteaga escribió admirables artículos en revistas como “Reseña” y “Ritmo”, así como en carpetas y folletos discográficos, en el brillante comienzo de un mahlerianismo que ha cristalizado en libros de madurez). El Segundo y el Tercer Programa de Radio Nacional (luego Radio 2) difundían con profusión la música de Mahler...

Coda:

En los **años ochenta**, tras la instalación del PSOE en el gobierno de España, un político tan notable como **Alfonso Guerra**, hombre culto y sensible a la música, habló en varias entrevistas de su pasión por Mahler y, ¡zas!, a partir de aquel momento algunos presentaron al señor Guerra como el descubridor y apóstol de Mahler entre nosotros cuando, en rigor, la música del gran compositor, como hemos visto, llevaba más de diez años aplaudida y degustada con fruición por la filarmónica española y la “integral Mahler” hacía mucho tiempo que obraba en la discoteca de cualquier aficionado puesto al día. En todo caso, me apresuro a aclarar que el titulillo de “descubridor de Mahler” no se lo adjudicó el ilustre político a sí mismo, en modo alguno: fue una etiqueta que le colgaron los periodistas. Lo que no sé es si él asistió en Madrid a aquellos conciertos de la efervescencia mahleriana de 1971 y 1972. Se lo preguntaré cuando lo vea.